

Generosidad cristiana

Versículo clave: «Cuando coseches en el campo y te quedes con una gavilla, no vuelvas a buscarla. Déjala para el extranjero, el huérfano o la viuda, a fin de que el Señor tu Dios bendiga todo lo que emprendas».
Deuteronomio 24:19

Pasajes seleccionados:
Deuteronomio 24:14-22

El libro de Deuteronomio recoge el último mensaje que Moisés transmitió a los israelitas poco antes de su muerte. El objetivo de este mensaje era exhortarlos a recordar y poner en práctica las instrucciones que Dios había dado a su pueblo en el pasado. Una de estas instrucciones se recoge en nuestro versículo clave. En el versículo anterior se encuentra una explicación de este mandamiento. «Acuérdate de cumplir esto, porque fuiste esclavo en Egipto, y el Señor tu Dios te hizo redimido de allí. Por eso te mando que hagas esto». Deuteronomio 24:18

Los israelitas no debían ignorar a los que estaban indefensos y necesitados. Por el contrario, debían permitirles deliberadamente recoger, para su propio uso, lo que se había dejado en los campos. La razón de esta instrucción era que ellos también habían estado indefensos y necesitados cuando eran esclavos en Egipto. La lección es la consideración hacia los demás. Este es un aspecto de la semejanza con Dios, porque Dios mismo ha

aplicado este principio, ya que en su plan ha tenido en cuenta a la raza humana pobre e indefensa.

Cuando Adán, el ser humano perfecto, desobedeció voluntariamente la instrucción de Dios en el Jardín del Edén, la pena impuesta fue la muerte, la cual, a su vez, fue heredada por cada generación humana sucesiva a partir de entonces. (Génesis 2:16, 17). Puesto que todos los seres humanos nacieron en pecado e imperfectos, nadie podía «de ninguna manera ser el redentor de su hermano, ni dar a Dios el rescate por él». Salmo 49:7; 51:5

Solo una vida humana perfecta y sin pecado podía satisfacer la justicia de Dios: una vida humana perfecta, Jesús, por la desobediencia de la vida humana perfecta de Adán. (Éxodo 21:23; Romanos 5:12, 19). Dios redimió a cada miembro de la humanidad al enviar a su Hijo engendrado al mundo como un hombre perfecto, quien luego entregó voluntariamente su vida «como el rescate por todos», satisfaciendo así la justicia de Dios. Juan 3:16, 17; 1 Timoteo 2:5, 6; 1 Pedro 3:18

Así como Dios liberó a la nación de Israel de la esclavitud de la servidumbre egipcia, también ha liberado a los seguidores de Cristo de la esclavitud del pecado y de la muerte. (Juan 8:35, 36; 1 Corintios 15:22). Debemos recordar esto siempre; debemos mostrar amor y misericordia hacia aquellos que aún no han oído el Evangelio o que aún no han creído en él.

Hay ocasiones en que nos encontramos con personas que, aunque no son religiosas en absoluto, están pasando por experiencias difíciles en la vida, como una enfermedad o la muerte de un

ser querido. (Romanos 8:22). Debemos considerarlas como el «extranjero, el huérfano o la viuda» en esta instrucción que Dios le dio a Israel. Es posible que esas personas no hayan tenido la oportunidad de escuchar o creer en la Palabra de Dios, o que su mente esté cegada ante ella.

Debemos tener amor y compasión por ellos. Si es posible, también debemos compartir con ellos algunas «semillas» de la Verdad. Así, podemos darles la base bíblica para tener fe en la resurrección para todos y en las maravillosas bendiciones del reino que pronto vendrán sobre toda la tierra. (1 Corintios 15:21, 22; Revelación 21:1-5). Es posible que acepten la buena noticia ahora, o tal vez estemos sembrando semillas de verdad y esperanza, que brotarán en sus corazones en el reino de Cristo.